

RAMON M. NOGUÉS

Catedrático emérito de la Unidad de Antropología Biológica en la Facultad de Ciencias y en la de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona



Duch era un autor prolífico. / *Fragmenta Editorial*

Lluís Duch, «in gratam memoriam»

Montserrat floreció intelectualmente de una forma vigorosa en el siglo XX con figuras que nos han ido dejando al inevitable ritmo del tiempo que pasa. Nos acaba de dejar una de estas brillantes figuras: Lluís Duch. Tuve la satisfacción de poderme relacionar con él personalmente y también en razón de su dedicación a la antropología cultural, muy cercana a la biológica, que ha sido mi dedicación. Era un hombre de dotísima formación y mentalidad germánica: ¡Tubinga no deja indiferente! Sin embargo, su talante era sencillo y cercano. Era un sabio que comentaba profundidades hermenéuticas y lingüísticas con una sonrisa esbozada y un movimiento de hombros relativizador que recordaba la sabia campesina que viene de lejos y la ve venir de lejos. Duch no solo tenía formación sino también conformación germánica y a menudo no era fácil entender sus reflexiones. Ahora pienso que, al dejarnos, lo ha dejado todo bien «apalabrado». La palabra, metáfora básica de todos los sistemas simbólicos que él analizó, fue su tema

de estudio y su medio de expresión. Entre todos los sistemas simbólicos le interesó el religioso. Aquí es pertinente recordar que su tesis doctoral fue sobre Mircea Eliade, el gran y en algunos aspectos controvertido autor de uno de los análisis más potentes de la simbología religiosa. Duch era un creyente piadoso, en el sentido más profundo y serio que la palabra piedad puede tener. Confesaba con profunda fe su convicción de que todos los humanos somos hermanos e hijos de un mismo «Padre del cielo», expresión simbólica y denominación semítica del Misterio en el que se mueve la vida humana.

Nos dicen que la editorial *Fragmenta* prepara una edición de su producción intelectual titulada *Sortida del laberint*. Es significativo. Duch recorrió el laberinto del vivir desde el monaquismo y la Academia, y el laberinto del lenguaje desde el análisis de la palabra y las gramáticas de la comunicación. Él ha salido del laberinto y ya está en la libertad. Es la gran afirmación de las más respetables míticas de todas las culturas.

Confesaba con profunda fe su convicción de que todos los humanos somos hermanos e hijos de un mismo «Padre del cielo»